



LOS CORRALES:

Entre la emigración y la esperanza

LOS Corrales: uno de los ciento dos municipios de la provincia de Sevilla. Un pueblo como los demás: paredes blancas de cal, calles limpias, una iglesia con espadaña y una plaza central con palmeras y arriates. Alrededor, los arroyos bordeados de adelfa y los campos de olivos. Un Ayuntamiento con balcones corridos, un cine que funciona los sábados y domingos y cinco bares en torno a la plaza y la calle principal, el paseo, donde la gente charla, discute, se saluda y juega al dominó. Un pueblo como los otros. Tiene su médico, sus dos sucursales de Cajas de Ahorro y su línea de autobuses: a Osuna. El resto del viaje hay que hacerlo con otra compañía y otro coche. Cinco horas para hacer ciento treinta kilómetros desde Sevilla. Una vez allí, detrás de la postal turística de los cerros, la cal y las ventanas con rejas, es muy posible que no encontremos nada: los tres municipales, el cura y el repartidor de butano; los viejos y los niños. El setenta por ciento de la población total emigra temporalmente cada año.

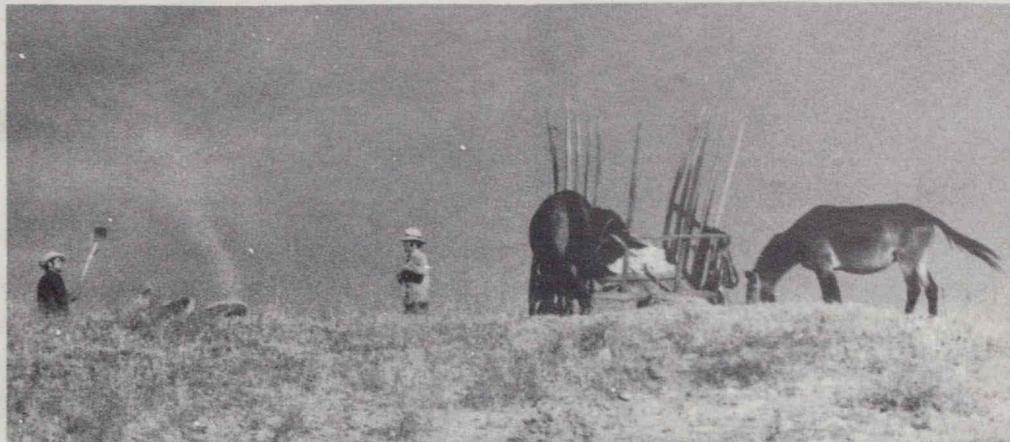
Contemplemos el pueblo más de cerca: 3.900 habitantes, de los cuales 2.300, aproximadamente, componen la población activa, y de ésta, el 90 por 100 está dedicado a las tareas del campo. El término del pueblo es casi exclusivamente de olivar y monte bajo, pero aún más determinante que las tierras improductivas es la distribución de la propiedad agraria. Cuenta Los Corrales con un solo propietario de más de 1.000 fanegas de tierra, dos propietarios con fincas de 300 fanegas cada uno, otros dos con tie-

rras de 200 fanegas, y seis propietarios que van de las 80 a las 140 fanegas. De 25 a 70 fanegas hay diez propietarios más, y el resto de los propietarios, alrededor de ciento setenta, apenas pueden vivir con menos de 20 fanegas cada uno. Ciento noventa y un propietarios de tierras, de los que sólo veintinueve son dueños del 60 por 100 de las tierras cultivables. Para la inmensa mayoría de la población, propietarios o no, sólo queda el trabajo asalariado. Y teniendo en cuenta las características del cultivo del olivo y la mecanización del campo en las grandes fincas, sólo un cinco por ciento de la población activa vive todo el año de las faenas agrícolas del término del pueblo. Para el resto no hay otra alternativa que la emigración: la industria y los servicios no cuentan. Cuarenta y cinco tiendas hay en el pueblo, pero sólo veinte se mantienen sin ayuda alguna. La industria son tres panaderías y un molino de aceite, propiedad del único gran latifundista del municipio. No hay más. El resto, dos carpinteros, algunos albañiles y dos o tres propietarios de coches de alquiler. Dieciséis personas leen el periódico por suscripción: no hay quiosco de prensa. Sólo hay treinta teléfonos.

UN día se forma un revuelo de chiquillos en la plaza y la gente rodea los dos autobuses preparados para salir. También esto forma parte de la postal folklórica, porque la realidad es otra muy distinta que las bromas de despedidas y los adioses. La realidad está

en los hoteles de la Costa Brava y Palma de Mallorca. 130 personas salieron este año a hacer la temporada. Mano de obra no cualificada: ayudantes de cocina y camareras de habitaciones. Ignorantes de una reglamentación laboral que, por otro lado tampoco les alcanzaría, trabajarán de doce a catorce horas diarias para sacar las seis o siete mil pesetas al mes. Sin asegurar, sin días de fiesta y siempre pendientes de la propina del cliente y del despido. Así de abril a octubre.

El mes de mayo en Los Corrales es un mes de mucho movimiento: salen los autobuses para la labra del algodón y los espárragos. Las labores del algodón duran de mayo a julio, y han ocupado este año 418 personas, mujeres y hombres, los mismos que irán después a la recogida cuando llegue el mes de octubre. Son desplazamientos cercanos, a otras zonas de la provincia, muy distintos a los largos viajes que hay que efectuar para trabajar en las reservas del espárrago y el tomate en el norte de España: Navarra, Logroño, Lérida y Huesca. 80 hombres salieron formando cuadrillas, un autobús completo, para el sacado del espárrago. Trabajo duro, a destajo forzosamente para sacar el jornal. Algunas mujeres van con las cuadrillas para hacerles la comida y prepararles las ropas. El resto, 100 muchachas más, otro autobús, fue directo a las fábricas de enlatado. Los bajos sueldos habrán de mejorarlos con horas extraordinarias en jornadas igualmente de doce y trece horas. Tanto unos como otros salen del pueblo sin formalizar contratos de trabajo, cono-



ciendo las condiciones por referencias de años anteriores. Dura esta campaña de las conservas de mayo a octubre.

En septiembre, sin embargo, antes de que vuelvan éstos, se inicia una segunda oleada migratoria: la vendimia de Francia y el verdeo. La vendimia, un mes, dio trabajo este año a 270 obreros, y el verdeo de la aceituna a 230 personas, componentes de familias enteras que se trasladan, igual que al algodón, con las camas, las mantas, las sillas y las mesas. Aparte de los autobuses cargados con maletas de madera en el techo, salieron un par de camiones cargados de cacharros de cocina y colchones atados con cuerdas, y aquí, el entusiasmo de los niños en torno a las despedidas subió mucho de tono. Salen al verdeo a las diferentes haciendas de Málaga y Sevilla, por un par de meses. Haciendas mal comunicadas en general, faltas de vehículos apropiados para una emergencia, sin los servicios necesarios, sin agua corriente y sin luz eléctrica. Los dormitorios se establecen en los graneros y las antiguas cuadras, separando espacios con telas y colchas inservibles.

Así nos vamos acercando a final de año. En octubre, la recogida del algodón, hasta diciembre, ha dado trabajo a 450 personas. En noviembre han salido 50 muchachas a trabajar a las fábricas de mantecados de Estepa, y ahora en diciembre comienza la recogida de aceituna para aceite en toda la región: Sevilla, Málaga, Córdoba y Jaén. Temporada que durará, cada año, hasta el próximo mes de marzo, y que como cada año hará emigrar de Los Co-

rrales alrededor de 1.000 personas, familias enteras a las haciendas, incluso los hijos más pequeños, en las condiciones que ya se han señalado. El término del pueblo sólo da trabajo a unos 200 obreros.

Queda por reseñar la emigración especial que suponen los turreros y queseros. 30 familias dependen de la venta del turrón y el queso por otros pueblos y Sevilla capital. Y queda también la emigración permanente al extranjero. Unos veinticinco obreros trabajan en las fábricas de Bélgica y Alemania, obreros que aprovechan las vacaciones, precisamente en estas fechas de la Navidad, para regresar y echar una mano en la recogida de aceitunas. Después de la aceituna volverán casi todos al pueblo en el mes de marzo, y habrá un período de paro hasta que comience la temporada siguiente del espárrago, la del algodón y los hoteles. Paro que se repite en agosto y a veces hasta en octubre, de forma parcial, entre unas campañas y otras, y que es muy difícil de calcular.

PORQUE en Los Corrales, casi sin excepción, todo el mundo vuelve. Es decir, regresa por unos días antes de partir de nuevo. Es como un atavismo con la tierra que luego en realidad ni se posee ni se trabaja. Cuando llegan los autobuses con la gente que se fue a Mallorca o a Navarra son como pequeñas fiestas. Los niños ayudan a llevar las maletas mientras las muchachas se abrazan y los hombres convidan en el bar. Cada uno trae su pequeña historia y sus pequeños

ahorros. Las familias completas trabajan para edificar la casa poco a poco. Este año la solería, el año que viene los enfoscados y enlucidos. Unas casas que resultan idénticas a las otras casas señoriales de hace cuarenta años: una imitación absurda incluso en los absurdos remates de cerámica en los bordes del tejado. Después habrá que llenarlas.

En marzo, terminada la aceituna, es cuando mayor número de bodas se registran. Muchos de estos matrimonios salen enseguida a los hoteles hasta el otoño. Al año siguiente dejarán a los crios con los abuelos, y el otro se los llevarán consigo a los cortijos. Se harán familia numerosa y empezarán a construir la casa con remates vidriados. Pocos son los que se marcharon una vez del pueblo y no volvieron. Por eso Los Corrales sobrevive. De treinta años para arriba el número de analfabetos es alto, pero hay algo que saben bien aunque no lean los periódicos: las tierras de labor que tiene el pueblo no son ningún desierto. Aunque ellos mismos no sepan razonarlo, creen tener, volviendo al pueblo cada temporada, los campos de olivos de la tierra más al alcance de la mano. Es una creencia larvada que enlaza, posiblemente, de una forma más o menos subconsciente y por debajo del último acontecer histórico, con toda la vieja tradición andaluza de las luchas agrarias. Y, así, entre la enajenación y el miedo, y entre la emigración y la esperanza, cabe preguntarse cuántos pueblos como Los Corrales alimentan en la España del sur.

Carlos ABADÍA